



Cucaracha

Alberto Porras Echavarría

Ilustraciones: Iñaki Legorburu.

Cuento ganador en la modalidad de castellano del XXXVII "Concurso de Cuentos Villa de Errenteria" organizado por Ereintza Elkartea, con el patrocinio del Ayuntamiento de Errenteria.

*"No existe la libertad, sino la búsqueda de la libertad,
y esa búsqueda es la que nos hace libres".*

Carlos Fuentes.

—**B**uscarme una ocupación. Ése fue el truco.

Escucho sus palabras sentada en la cama. Ella, de pie, rígida en medio del *chabolo*, aún midiendo cada gesto, cada movimiento.

—¿Una ocupación?

Asiente en silencio. Sonríe. Porque la miro y pienso que al menos con su llegada mi vida ha despertado un poco del letargo. De esta rutina inacabable de recuentos, actividades, economato, patio, y días que no son ni lunes ni sábados ni martes ni viernes, porque aquí los días resultan todos iguales y por no tener no tienen ni nombre.

-¿Y qué ocupación te buscaste?

-Matar a mi marido.

Lo ha dicho sin titubear. Ahora se dirige hacia la puerta pero enseguida vuelve sobre sus pasos, acaso temerosa de moverse en un espacio que todavía le resulta tan ajeno. Me resulta ajeno a mí y llevo aquí cinco años, imagino cómo le resultará a ella, que apenas lleva tres días. Me mira. Me asegura que cuando pensó en acabar con su marido ella empezó a cambiar. Empezó a ser una persona. Porque antes no era una persona, me dice.

-No eras humana, entonces. Qué miedo.

lega hasta nosotras la risa de alguna interna que debe de estar escuchando. Ella no pestañea. Ahora en sus pupilas el brillo palpitante de quien se dispone a hacer una revelación:

-No, no era humana -me responde -. Era una cucaracha.

-Esto no es una cena, es un castigo. Ya no sabes ni cocinar. Trae el ketchup, a ver si consigo tragarlo.

-No queda.

-Pues bajas a comprarlo -el puñetazo sobre el mantel -. Muévete, cucaracha. Cucaracha. Así la llamaba siempre. Porque ella era una cucaracha. Él se lo demostró meses atrás, viendo el documental de sobre-mesa.

-¿Ves? Las cucarachas viven todo el tiempo en una grieta y sólo salen para buscar comida. Como tú, que ya sólo pisas la calle para ir a la compra, cucaracha -y la risotada para celebrar que ella ha encajado el golpe.

Desde ese día, él le borró el nombre. Sólo la llamaba cucaracha.

-A mí me llamaban cuqui, casi es lo mismo -la voz llega desde la celda de al lado desatando un coro de risas.

Miro a mi compañera pero parece que ella no ha escuchado a la reclusa, tampoco las risas, porque sigue hablando como si nada. Aquel día la cucaracha obedeció moviéndose muy rápido (son rápidas las cucarachas), y dejó su cena a medio comer para bajar a comprar ketchup. Porque cuando él golpeó la mesa, cuando los cubiertos tintinearón y el agua amenazó con desbordarse en los vasos, ella reconoció *esa mirada*. Una mirada de acero que no invitaba a desobedecer. Aún ella la enfrentó un instante, dos, tres segundos, desobedece si te atreves, cucaracha, decía esa mirada, no bajas a por el ketchup, a ver si tienes huevos de no bajar, cucaracha, él retándola con esa mirada, siempre esa mirada gélida, implacable, al tiempo que en sus labios se formaba algo parecido a una sonrisa. Porque lo estaba saboreando, él saboreaba el momento de verla así, intimidada, oliendo el peligro. Y es que ella había aprendido a olerlo. Las cucarachas tienen dos largas antenas que detectan los cambios de temperatura en el ambiente, los cambios de humedad, también los olores. Sus antenas habían percibido el olor que él empezaba a segregar, ese aire enrarecido, como a queso rancio, a armario sin ventilar, a agua estancada que se pudre. Porque así huele el peligro. Así es ese olor tan familiar, el que siempre llegaba hasta ella desde esa mirada de hiena. De nuevo un comentario se cuelga en la celda:

-Yo antenas no, pero tengo un buen par de cuernos -, y otra vez el grupo de risas. Me incorporo para que se me oiga bien:

-Si sólo fueran un par; tienes más cuernos que la cuesta de Estafeta.

Ahora más risas, pero me acerco a la puerta porque quiero que mi sentencia se escuche. Saco toda mi voz:

- Y una boca como la del metro. Ciérrala un poco, guapa.

Las risas se van diluyendo, se ahogan en el ambiente como un motor gripado. Por fin se hace el silencio. Vuelvo a la cama y me siento. Da la sensación de que a mi compañera nada le importa, nada le afecta; los comentarios, las risas, nada. Parece inmune al desprecio. No mueve ni una ceja. Sólo me mira, como esperando a que yo la anime a continuar. Asiento moviendo la cabeza. Ella prosigue con su historia.

Con el tiempo una aprende a asumir su nueva identidad y descubre que ser una cucaracha tiene sus ventajas, después de todo. Porque se aprende a resistir. Ella lo vio en aquel documental: las cucarachas pueden vivir un mes sin agua. También regeneran sus miembros cuando los pierden; las antenas, las patas... Incluso sobreviven semanas cuando se les corta la cabeza, cómo no iba a sobrevivir ella a un marido. A los insultos. A las humillaciones. A los golpes. Tuvo que sobrevivir a todo eso, por eso aprendió a camuflarse. Las cucarachas aprovechan el color de su cuerpo para pasar desapercibidas, para que no se las detecte cuando se ocultan entre las hojas, bajo las raíces, en cualquier recoveco de su entorno. Y él no la detectaba cuando ella se escondía sigilosa en ciertas partes de la casa. El lavadero. La terraza. La habitación de invitados. Allí pasaba las horas, así conseguía que él se olvidara de ella por un tiempo. Pero las cucarachas son nocturnas, lo dijeron en el documental. Por eso ella redujo su actividad a la luz del día y se acostumbró a funcionar de noche. Así no llamaba su atención, así todas las cosas que hacía quedaban a salvo de él. Sus lecturas, sus reflexiones, sus pequeños momentos, todo llegaba de madrugada. Ella le hizo creer que padecía de insomnio, las cucarachas son persuasivas. Y el día que bajó a comprar ketchup al indio de la esquina, dejó la cena a medias, la encontraría fría a la vuelta, pero no importaba. Una cucaracha puede con eso y mucho más, ella lo pensaba en la tienda mirando distraída los productos, su mano curioseando con aquel bote que tenía un elefante en la etiqueta.

– Ese curry muy muy fuerte, señora. Sólo poquito en plato.

Por un momento miró al empleado sin pestañear, como si necesitara mirarlo bien para poder procesar su advertencia. Después preguntó dónde estaba el ketchup y la cucaracha volvió a su grieta con la compra para que su marido pudiera tragar esa cena repugnante preparada por alguien que ya no sabía ni cocinar. Porque es evidente que las cucarachas no cocinan bien.

Se interrumpe. Le pregunto si quiere un cigarro. Niega con la cabeza. Menciona ese nombre extraño, dice que algo la conecta con él. Alzo las cejas. Sentada en la cama la contemplo sin poder evitar una sonrisa.

–¿Fran qué?

– Franz Kafka.

– Desde luego, cómo te complicas la vida.

Ahora es ella quien sonrío, pero es una sonrisa tenue, apenas esbozada, la única sonrisa que te sale cuando sólo llevas unos días aquí dentro. Comienza a explicarse mirando al suelo. Un escritor, me dice, alguien que escribió un libro muy famoso en el que un tipo se convierte en insecto, así, sin más, de un día para otro. Ahora busca mis ojos para decirme que es la misma historia que le ha ocurrido a ella, pero con la diferencia de que a ella le ha sucedido al revés. Porque ella era un insecto y se ha convertido en persona. Encarcelada, puntualiza, pero ahora es una persona. Doy una calada. Le digo que quiero saber más de las cucarachas.

Una cucaracha aprende a no ser orgullosa. Él se lo enseñó, a no estar orgullosa de nada. Incluso las tetas se le estaban empezando a caer. Cómo sentirse orgullosa. Las tetas, lo único salvable de su cuerpo. Él siempre lo decía. Pues ya ni eso. Aquella noche se lo recordó en la cama, qué vida ésta, le dije, una cena vomitiva y después un polvo con una cucaracha a la que ya no se le pueden ni mirar las tetas. Ella le escuchaba boca arriba conteniendo la respiración para no oler su sudor, él penetrándola y diciéndole que la próxima vez con sujetador, así no tendría que ver aquella pena, esas tetas tan caídas. Ella con la postura de siempre, boca arriba, dejándose hacer. Lo aprendió en el documental, las cucarachas se ponen boca arriba como mecanismo de defensa, así escapan del peligro. Boca arriba, muy quietas, simulando su muerte. Por eso aquella era siempre su postura cuando hacían el amor. Boca arriba, sin mover un dedo, insensible a sus acometidas y sus jadeos. Porque parecen las tetas de una abuela, mírate, pero ella no miraba, sólo esperaba el final, conteniendo la respiración, conteniendo también el llanto, mírate, zorra, mírate, y ella aguantó y aguantó sin mirar hasta que finalmente él se desplomó sobre la cama. Y en ese momento lo supo. Su ocupación para empezar a ser otra. Aquella noche decidió todo. Después de que él se desplomara lo decidió muy quieta en la cama, cucaracha que no se mueve, cucaracha que escapa del peligro.

Los silencios en el *talego* no son como los silencios de fuera. Son más espesos. Más plomizos. Si el tiempo aquí transcurre lento, cuando un silencio se alarga da la sensación de que el tiempo se ha detenido, o de que no existe, de que sólo es algo absurdo que se puede nombrar pero no tiene sentido aquí dentro. Ella sigue estirando su silencio. Nada se escucha. Ningún rumor, ningún ruido, ni siquiera oímos a la interna de al lado. Parece que todo alrededor de nosotras hubiera desaparecido, que todo se hubiera borrado a la espera de que ella remate su historia. Por fin el carraspeo. Por fin vuelve a mirarme para contar su final.

- Él mismo me lo sugirió cuando cayó rendido en la cama. Porque cayó como un elefante. Y el elefante me dio la idea.

Sus ojos brillan. Se aclara la voz. Traga saliva.

- Un guiso con tanto curry que es imposible distinguir el sabor de la carne, el sabor de las patatas, el sabor del bote de Cucal que aderezó su plato. Él protestaba por esa basura incomible, su rostro enrojecido por el curry, creo que hasta soltó alguna lágrima. Pero comió. Lo vi comer escuchando sus últimos improperios. El Cucal hizo el resto. Y ese día se acabaron las cucarachas.

Le tiembla el pulso, aunque sonrío. Él la acostumbró a no sentirse orgullosa de nada, dice, y no se siente orgullosa de lo que hizo. Pero se siente feliz de ser una persona. Encarcelada, me recuerda. Pero al fin una persona.

Mientras camino voy pensando en su truco. El truco para dejar de ser una cucaracha y empezar a ser una persona. Y mientras camino voy dando forma al mío, a ese truco para que los días aquí empiecen a tener nombre y sean lunes y sábados y martes y viernes. Porque ya he encontrado una ocupación. Llego a la biblioteca. El ordenanza abre los ojos cuando me ve llegar. Nunca te hubiera imaginado aquí, me dice. Sonrío. Y le respondo con una pregunta:

- ¿Tienes algún libro de Franz Kafka?

